

"Población Esperanza"
Manuel Rojas / Isidora Aguirre
BUENOS AIRES

CORREO - 19.5.60



Debutó en el San Telmo el Teatro de la Universidad de Concepción

CON INTERVALO de pocas semanas, se presentaron en Buenos Aires dos conjuntos chilenos, expresión manifiesta del estado actual del arte escénico transandino. Ambos universitarios; los dos integrados por elementos jóvenes; ambos ofreciendo los resultados de una envidiable preocupación pedagógica. El primero, ya lo recordarán los lectores, fue el elenco de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, oriundo de Santiago, y otro, que acaba de debutar en el San Telmo, es el Teatro de la Universidad de Concepción.

Ambos trajeron en sus falquiteras obras de autores chilenos. Y con ellas alcanzaron a ofrecer una muestra definida del momento por el que atraviesa la literatura escénica de su país. Realismo, visualización del paisaje social, conocimiento a los estímulos de lo inmediato, son reflejos de una búsqueda en torno del hombre chileno y de su verdad en el cierto económico y geográfico que es su síntesis colectiva. Así ocurrió en aquella "Parecido a la felicidad", de Alejandro Sieveking; así acontece, con diversos matices anecdóticos, en "Población Esperanza", de Isidora Aguirre y Manuel Rojas, que acabamos de conocer. Las dos son el paso previo, la etapa imposible de quemar sin ahondar antes en ella, de la que habrán de surgir los nuevos rumbos trascendentes. Por ahora es un teatro que todavía no encara el tratamiento de las ideas ni las perfilaciones psicológicas, aun dentro de su estilo. Pero ya lo hará.

"Población Esperanza" conforma una superposición de pantallazos sobre la vida en una población "callampa", versión santiaguina de nuestras "villas miseria", producto del desequilibrio económico-social un poco, resultante de la inadaptabilidad individual otro poco, que circunda a la capital transandina como un cordón asfixiante. Ante éste restan dos posibilidades: cerrar los ojos, en pasiva complicidad o salir al encuentro de las soluciones. Muy tíbilmente entreabrieron los ojos Manuel Rojas e Isidora Aguirre y muy pálidamente, con convencional indefinición, aportaron soluciones ya que la temática misma vendría a imponerlas. Surge evidente en la obra, el amor que los dos escritores pusieron en sus criaturas, insuflándoles una alegría en la miseria, característica es cierto, pero que desprecia el calado vertical en su problemática hasta, sentir de una suerte de superficialidad a la pieza. "Población Esperanza" está dotada de un fluido pintoresquismo, de un encanto singular acordado por el idioma "chileno" rico en inflexiones y musicalidad que arrebató nuestros oídos acostumbrados a la monótona invasión de la pampa sin accidentes topográficos.

Pero tras esa hojarasca atrayente, la obra aparece desnuda de conflicto dramático, que es en definitiva, lo que hace permisible, aceptable, la transmutación escénica de lo cotidiano. Están presentes sí, los embriones de varios temas y sobre todo, la escultura acabada de algunos personajes aislados capaces de mayores proyecciones (el "mudo" Filomeno; la "Emperatriz"). Los demás abundan, como decíamos, en lo convencional: la prostituta, el predicador, el dipsómano, la visitadora social, el delincuente que desecha una fortuna mal habida para seguir tras el amor de aquella y emprender el buen camino del trabajo honrado. En fin, un bajo fondo gorkiano sin la relevancia, sin la íntima y sangrante vivencia imprescindible.

Pero la obra exhala simpatía, una insidiosa simpatía que penetra a raudales en el espectador a través del elenco del Teatro de la Universidad de Concepción, que dirigido por Pedro de la Barra, supo moverse con homogeneidad llamativa y explicable, hurgando vistiendo el ropaje de seres que le son familiares, que tiene al alcance de la mano en cualquier esquina, en cualquier hueco de cualquier calle de Santiago o Valparaíso. Una homogeneidad que se manifiesta más en el encuentro en un mismo idioma —el real y el inexpressado— que no basta sin embargo para disimular notorias diferencias en cuanto a las posibilidades de sus intérpretes. Andrés Rojas Murphy y Mireya Mora mostraron su buena gama de recursos y su sensibilidad; que les permitió sobresalir encarnando al "mudo" y a la "Emperatriz". Buena labor igualmente cumplió Jasna Ljubetic y algunos otros (el mismo Murphy, Nelson Villagra, Alberto Villegas) dieron cuenta de una concienzudo trabajo previo respecto de la expresión corporal.

Sin matices, en la voz y la actitud, el Don Teo, de Roberto Navarrete y con blandura anímica y física el "Tatao" de Pennyson Ferrada. Brisolla Herrera, Delfina Guzmán, Inés Fierro, Luis Alarcón, Gustavo Meza y Jaime Vadell completaron el reparto, en el que el director Pedro de la Barra trató de limar desniveles, logrando en esa labor sus mayores aciertos, porque en cuanto a otros aspectos de su trabajo también él se dejó tentar por el cromatismo expresivo del texto. Resulta con discreción la escenografía de Raúl Aliaga.

K. S.